



Grupos Maristas de Encuentro

Misión apostólica, salir al encuentro

En nuestra reunión queremos profundizar en la misión apostólica de los cristianos, que transparentan una Iglesia constantemente en salida.

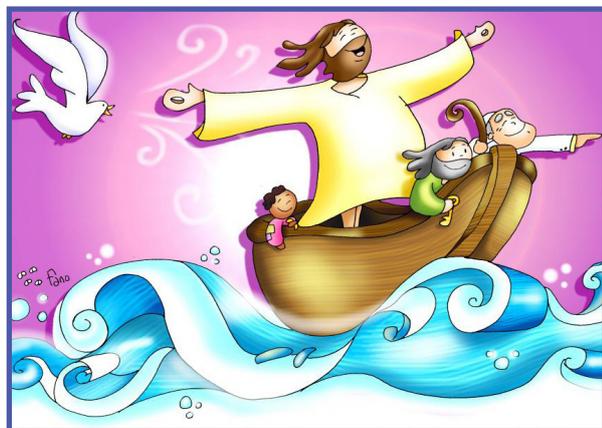
1. Nos ambientamos para nuestro encuentro

Un discípulo llegó a lomos de su camello ante la tienda de su maestro sufi. Desmontó, entró a la tienda, hizo una profunda reverencia y dijo: «Tengo tan gran confianza en Dios que he dejado suelto a mi camello ahí fuera, porque estoy convencido de que Dios protege los intereses de los que le aman».

«¡Pues sal afuera y ata a tu camello, estúpido!», le dijo el maestro. «Dios no puede ocuparse de hacer en tu lugar lo que eres perfectamente capaz de hacer por ti mismo».



La idea central de la *Evangelii Gaudium* es que la Iglesia debe estar siempre en salida, al encuentro del otro. Es una invitación con serias implicaciones en nuestra realidad, marcada por las crisis (humanitarias, económicas, sociales, etc.). Desde esta perspectiva, no es importante responder a la pregunta sobre qué es la Iglesia sino para qué es la Iglesia. La respuesta que nos ofrece la larga tradición eclesial es que la Iglesia no puede centrarse en sí misma, preocupada por sus problemas, sino que debe estar centrada en el otro. La Iglesia tiene que ser signo visible, de Amor y Esperanza, y eficaz del Reino de Dios.



2. Una dinámica para compartir

Antes de la reunión, os invitamos a hacer un ejercicio de salida. Acércate a compañeros que no se encuentren en el Grupo Marista de Encuentro, a alguien de tu familia o a algún amigo y hazles una pregunta sencilla: ¿para qué crees que sirve la Iglesia? Podemos comenzar la reunión compartiendo las respuestas que hemos recibido y nuestra propia respuesta. Quien quiera puede llevar a la reunión un objeto, una fotografía o un símbolo, que le permita responder a la pregunta y compartirla en grupo.

3. Claves para profundizar

De corazón a corazón: la Iglesia nos necesita

La Iglesia necesita de personas que se comprometan con su servicio a la humanidad. Nuestra misión nos invita, cada día, a descubrir nuestro lugar en el mundo y profundizar en nuestra vocación como cristianos. Y es que la misión, en el fondo, es la luz que nos guía por el camino, en ocasiones confuso, de nuestra vida. La misión no puede entenderse desligada de la vocación, la llamada desbordante de Dios Amor, que nos habla como un amigo habla a otro, y de la espiritualidad, que nos recuerda desde dónde vivimos. Nadie se prepara para la misión, si no que ésta nos va preparando a través de un itinerario, no siempre razonado ni razonable, que se redescubre al reparar en los pasos dados y siempre en relación con los demás, de corazón a corazón.



Al servicio del servicio

«El Espíritu Santo también enriquece a toda la Iglesia evangelizadora con distintos carismas. Son dones para renovar y edificar la Iglesia. No son un patrimonio cerrado, entregado a un grupo para que lo custodie; más bien son regalos del Espíritu integrados en el cuerpo eclesial, atraídos hacia el centro que es Cristo, desde donde se encauzan en un impulso evangelizador. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos. Una verdadera novedad suscitada por

el Espíritu no necesita arrojar sombras sobre otras espiritualidades y dones para afirmarse a sí misma. En la medida en que un carisma dirija mejor su mirada al corazón del Evangelio, más eclesial será su ejercicio. En la comunión, aunque duela, es donde un carisma se vuelve auténtica y misteriosamente fecundo. Si vive este desafío, la Iglesia puede ser un modelo para la paz en el mundo» (*Evangelii Gaudium*, 130).

Nos sabemos hijos, nos sabemos hermanos

Jesús recordó que la entrada en el Reino de los cielos radicaba en volverse como niños. Y es que comportarnos como de forma infantil, escapando del sentido negativo que muchas veces colocamos en este adjetivo, nos sirve para limpiar nuestro ego y acercarnos a un Dios encarnado. Somos en proceso y relación. Si nos olvidamos de esta verdad vital, caeremos en el engaño y nos ocultaremos nuestra propia condición. y esto La oferta cristiana nos permite vivir desde Dios, desde una misericordia gratuita, como un Amor que nos obliga a salir de nosotros mismos. La espiritualidad creyente se asienta en la mirada, en el encontrarse con los ojos de otra persona. El rostro del otro siempre es un maravilloso icono del Padre. El envío del corazón de la misericordia y de la ternura nos acerca, desde Jesucristo, a la plenitud humana en Dios. Somos, por tanto, en la fraternidad de sabernos hijos en el Hijo, de sabernos hermanos.



4. Preguntas para compartir

- Reflexiona sobre tu misión, ¿qué significa para ti?, ¿cómo se realiza en tu vida cotidiana?
- ¿Qué implicaciones tiene para mi día a día vivir una Iglesia en salida? ¿Con mi familia? ¿Con mi comunidad? ¿En mi trabajo? ¿Con los otros?
- En este año en el que celebramos el Bicentenario marista, ¿dónde ves que somos realmente imagen de una Iglesia en salida?

5. Oración

Canción: Dame tus ojos de Jesús Adrián Romero

Dame tus ojos quiero ver,
dame tus palabras quiero hablar, dame tu parecer...

Dame tus pies, yo quiero ir.
Dame tus deseos para sentir, dame tu parecer...
Dame lo que necesito para ser como tú.

Dame tu voz, dame tu aliento, toma mi tiempo, es para ti
dame el camino que debo seguir, dame tus sueños tus anhelos
tus pensamientos, tu sentir. dame tu vida para vivir.

Déjame ver lo que tu ves, dame de tu gracia, tu poder
dame tu corazón...

Déjame ver en tu interior, para ser cambiado por tu amor.

Dame tu corazón.

Dame lo que necesito para ser como tú...

Dame tu voz dame tu aliento, toma mi tiempo es para ti

dame el camino que debo seguir.

Dame tus sueños, tus anhelos, tus pensamientos, tu sentir.

dame tu vida para vivir

Dame tus ojos quiero ver... Dame tu parecer.

Lectura: Carta a los Colosenses 3, 8-17

«No os mintáis unos a otros, puesto que ya os habéis librado de vuestra vieja naturaleza y de las cosas que antes hacíais, y os habéis revestido de la nueva naturaleza: la del nuevo hombre, que se va renovando a imagen de Dios, su Creador, para llegar a conocerlo plenamente. Dios os ama y os ha escogido para que pertenezcáis a su pueblo. Vivid, pues, revestidos de verdadera compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia. Que el mensaje de Cristo esté siempre presente en vuestro corazón. Instruíos y animaos unos a otros con toda sabiduría. Con profunda gratitud cantad a Dios salmos, himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hagáis o digáis, hacedlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él».



En esta carta se nos invita a ser mujeres y hombres nuevos para llevar con coherencia una vida como hijos de Dios en el servicio a los demás. Es un buen momento para dar gracias por todos aquellos que construyen una Iglesia en salida (al compartir podríamos encender cada uno una vela por esos rostros y esas vidas que se hacen presentes en la oración).

Rezamos juntos

Señor, tú me pides que te siga.

Sí: quiero seguirte. Quiero encontrar el camino para verte,
imitar tu vida, comunicar tu mensaje de salvación.

Sí, quiero encontrarte, para conocerte,
oír tu Palabra y no errar en el camino.

Señor, tú me pides que te siga.

Sí: quiero seguirte, quiero encontrarte
para aprender de ti y serte fiel hasta el final.

Señor, tú me pides que te siga.

Sí: quiero encontrarte, para ser fiel en la misión de educar a los niños y jóvenes según tu voluntad.

Señor, tú me pides que te siga, centrado en Cristo para la misión.